

GLOSAS Y COMENTARIOS

Carlos Prieto*

Una revolución socialista en una sociedad Industrial desarrollada

Interpretación retrospectiva de la revolución de mayo

Si 1789 ha pasado a la historia como el año de la revolución francesa, el año 1871 como el de la Comuna de París, 1917 como el de la revolución soviética en Rusia, 1968 lo hará como el año de la revolución de mayo.

El acontecimiento fue sorprendente, asombroso, inesperado. Nadie, ni los que lo llevaron a cabo, y aún menos los que contribuyeron directamente a su desarrollo por su obstinada oposición lo habían previsto. Nunca cosa semejante se había visto en una sociedad económicamente desarrollada. Es cierto que en EE. UU. los negros provocan desórdenes con relativa regularidad e insistencia, que en Alemania los estudiantes, encabezados por la SDS, han obligado al Gobierno a reprimirlos duramente a causa de sus manifestaciones en la calle; que en Bélgica los universitarios de Lovaina provocaron una crisis política que terminó con un cambio de Asamblea Nacional y de Gobierno; pero todos estos movimientos se hallan perfectamente localizados y en ningún momento se han visto seriamente conmocionados los cimientos de las sociedades en que han tenido lugar. En Francia no ha sido así. Una comunidad nacional entera ha sido sacudida violentamente y se ha visto al borde de lo otro, de lo desconocido, de lo auténticamente distinto.

El mundo entero se ha inclinado hacia lo ocurrido para comprenderlo y en la medida de lo posible explicarlo. El acontecimiento es de ayer y ya la literatura acerca de él hay que contarla por un sinnúmero de artículos y libros. Algunos —los menos— serios y profundos, la mayor parte li-

* Licenciado en Sociología.

C. PRIETO

geros y superficiales. Nosotros vamos a añadir uno más a la lista de los ya escritos; no por el prurito de que "haya que hacerlo", sino al menos por la satisfacción personal de pensar en público sobre acontecimientos de los que fuimos testigos.

La revolución de mayo ha sido un fenómeno social total, múltiple, complejo, difícil, "una revolución sin rostro porque ha sido una revolución con mil rostros", ha dicho de ella el sociólogo E. Morin. Y no es en absoluto fácil hallar el hilo conductor dentro de esa especie de laberinto, la luz que haga ver la unidad de ese todo explosivo y multifacial. Habrán de discurrir unos años aún para lograrlo de una manera algo definitiva. Por ahora todos nuestros esfuerzos intelectivos de comprensión no pueden pretender ir más allá de liar algunos cabos del hilo de la inteligibilidad total. Nuestra pretensión no va tampoco más lejos.

LOS DATOS

Empezaremos por establecer los hechos más significativos de la revolución que la han especificado en tanto que unidad histórica y fenómeno total social.

El movimiento ha estallado en la Universidad. De Nanterre a La Sorbona, de La Sorbona a las demás Facultades de París, de París a toda la Universidad francesa. De la Universidad, a partir del 14 de mayo, afecta al mundo del trabajo y el número de huelguistas asciende a casi los diez millones.

Todo el movimiento se ha caracterizado por el papel que en él ha jugado la juventud. Juventud en primer lugar universitaria, después trabajadora, la de los Institutos y hasta la del arroyo.

Los que han participado en él han actuado como movidos por una especie de embriaguez de libertad. Como si se hubieran visto de repente liberados de una larga, estrecha y lúgubre cárcel donde el más mínimo gesto les hubiera sido prohibido o controlado. En todos los rincones del barrio latino se formaban grupos donde todo el mundo tenía la osadía de hablar y daba su opinión. Las paredes de los edificios universitarios y de las calles que han presenciado los acontecimientos se llenaron de pasquines y consignas.

El 13 de mayo tiene lugar una gran manifestación de casi un millón de personas organizadas por la U.N.E.S., el Sindicato estudiantil francés, y las centrales sindicales obreras. La policía abandona los alrededores de La Sorbona, y los manifestantes entran en ella y la ocupan. Entre los ocupantes hay sobre todo estudiantes, pero también hay obreros. Militantes de base, universitarios y obreros se encuentran por primera vez. Esta unión llegará a cuajar de una manera bastante seria en ciertos grupos obreros, especialmente jóvenes y miembros de la C. F. D. T. Uno de los *slogans* más repetido por los universitarios en sus manifestaciones era éste: "Estudiantes solidarios de los trabajadores". Hacia finales del mes de mayo los trabajadores participantes en una manifestación convocada por la C. F. D. T. invertirán el *slogan*: "Los trabajadores solidarios de los estudiantes."

El 9 de mayo tiene lugar en la gran sala de la *Mutualité* un mitin organizado por la J. C. R. (juventudes comunistas revolucionarias), uno de los grupos revolucionarios que más contaron en el mes de mayo. A él asisten no sólo sus simpatizantes, sino toda clase de militantes interesados en la revolución. Y todos ellos se admiten mutuamente unos a otros sea cual fuere su ideología política. Aquella misma tarde, enfrente de La Sorbona se había organizado antes un mitin espontáneo. En él intervino Aragón,

miembro del Partido comunista y director de la revista "Lettres Françaises", a pesar de algunos abucheos en su contra. "Aquí, todo el mundo por traidor que sea tiene derecho a la palabra", había dicho Daniel Cohn-Bendit.

Las huelgas de los trabajadores no fueron simplemente paros del trabajo. A la mayor parte de ellas acompañó la ocupación de fábricas. En ellas no tomaron parte activa exclusivamente los asalariados, sino también un buen número de mandos y trabajadores de alta clasificación profesional y buenos sueldos. La reivindicación más típica ha sido la del reconocimiento de hecho por parte de los patronos de la sección sindical en la vida de la empresa con todo lo que ello puede llevar de participación en la organización de tal vida.

Todas las organizaciones clásicas, tanto partidos políticos —salvo el P. S. I.—, como sindicatos —salvo la C. F. D. T. en parte se han visto desbordadas. La revolución de mayo ha nacido fuera de ellas, y en su dinamismo hasta se ha opuesto a ellas.

La crisis ha afectado a casi todas las organizaciones burocráticas de la nación.

LAS INTERPRETACIONES

Esos son los hechos. Las reacciones frente a ellos y las interpretaciones que han pretendido "comprenderlos" han sido muchas y variadas.

Para algunos, todos ellos son explicables pura y simplemente por un encadenamiento coyuntural que ha surgido, más o menos, por casualidad. Un poco de astucia y bastante mano dura bastará, dando tiempo al tiempo, para que todo vuelva a la "normalidad" del principio.

Para otros, el problema es exclusivamente universitario. El resto de los acontecimientos se ha precipitado sólo a causa de la inhabilidad del Gobierno. La Universidad es una rueda que no encaja dentro del sistema total. Se halla totalmente desfasada y superada por la evolución social y económica de la sociedad. Reformemos la Universidad, adaptémosla a las necesidades de la economía y todo irá bien. Esta opinión se halló bastante extendida en los primeros días de la revolución. Para otros, la revolución se redujo en su esencia a una rebelión de la juventud contra la autoridad de los adultos que lo gobiernan y lo dirigen todo sin tenerla seriamente en cuenta. La solución consistiría en un dar más importancia tanto en la vida familiar, como social y política a los jóvenes, porque, la verdad, a veces dicen cosas que no son del todo descabelladas y hasta plantean cuestiones que quedan fuera del alcance de muchos padres.

Sin embargo, entre todas las interpretaciones "comprensivas" del fenómeno revolucionario francés del mes de mayo, destacan dos que vamos a intentar exponer un poco más extensamente. Para una de ellas la revolución ha sido un movimiento revolucionario según el esquema clásico, es decir, marxista. La llamaremos "interpretación clásica". Para la otra, la revolución de mayo ha sido una revolución nueva, pero una revolución perfectamente comprensible dentro de la sociedad industrial de nuestros días. La llamaremos "interpretación tecnocrática".

INTERPRETACION CLASICA DE LA REVOLUCION DE MAYO

Esta interpretación se halla extendida sobre todo entre ciertos grupos de estudiantes revolucionarios.

La sociedad capitalista en que vivimos está cargada de contradicciones

que ya desde ahora la niegan y la condenan como absurda. Pero todas estas contradicciones se hallan concentradas en la lucha que opone la clase burguesa explotadora y la clase proletaria explotada. La revolución de mayo sólo ha sido un episodio más de esta guerra a muerte entre las dos clases y que tarde o temprano terminará con el triunfo total de la clase explotada. El único elemento destacable y significativo en la revolución sería el de que la clase burguesa ya no es una clase en la que el poder socio-económico se halle homogéneamente repartido entre sus miembros, sino una clase dirigida, dominada y cuasi explotada por unos pocos, una oligarquía de supercapitalistas.

Todos los demás elementos son perfectamente accidentales. Los estudiantes han servido, quizá, hasta cierto punto de despertador de la clase obrera, pero la revolución de mayo no ha nacido hasta que la clase obrera ha empezado a ocupar empresas y a lanzarse a la calle. Si algunos grupos estudiantiles han contado verdaderamente algo es porque han puesto todas sus fuerzas al servicio de la clase oprimida. Que cuadros directivos, médicos, miembros privilegiados de nuestra sociedad hayan contestado la estructura jerárquica de los organismos que los afectan, o no es significativo en absoluto o si lo es, lo es en la medida en que ello puede suponer rechazo de la sociedad capitalista.

Bastantes de las octavillas lanzadas durante la revolución de mayo mantenían esta posición. En ellas se decía, por ejemplo, que la represión (expresión de la explotación) llevada a cabo contra los estudiantes no tenía importancia. "Son los obreros, los campesinos, sobre los cuales se abate la más grande represión". "Hemos abandonado el Barrio Latino para manifestarnos contra la represión que afecta todos los días a los obreros, para manifestar nuestro apoyo a los trabajadores en su lucha contra el paro, los salarios, la represión". "Nosotros, estudiantes progresistas, ponemos todas nuestras fuerzas al servicio de la lucha de los trabajadores".

INTERPRETACION TECNOCRATICA

La revolución de mayo es la revolución típica de una sociedad industrial desarrollada, piensa esta opinión. En función del desarrollo económico y para lograr una creciente productividad la sociedad industrial ha organizado, ordenado, fijado, racionalizado toda tarea dentro del sistema de producción. Para producir más y mejor es necesario programar y establecer con perfecta precisión desde el primer eslabón de la cadena productiva hasta el último.

Esta eficacia ha requerido una división del trabajo dicotómica. "De un lado, el "pensamiento" comprendiendo la concepción, la preparación, la programación, la gestión, la previsión; por otro, las tareas de ejecución, hoy por hoy cada día menos manuales". Y no sólo del trabajo directamente productivo, sino de las más diversas actividades humanas. Entre éstas y en primer término la actividad educativa y la actividad política. En punto a la enseñanza, la eficacia ha exigido un tipo de educación acrítico, llamado por algunos sociólogos de la educación "ingurgitación-degurgitación", abiertamente autoritario y en el que la misión del alumno es recibir pasivamente unos conocimientos a fin de, luego, aplicarlos automáticamente.

En política, la eficacia ha exigido una ausencia prácticamente total de los ciudadanos en la vida social y política de todos los días.

Este dicotomismo total tiene sus peligros. Y es que, en realidad, es ef-

caz, y la eficacia trae consigo un nivel de vida que permite cada vez a más gente (trabajadores, estudiantes, ciudadanos...), el antiguo lujo de pensar. "El mundo actual encierra una inmensa contradicción y es esto lo que provoca la intensidad de las tensiones y los enfrentamientos actuales. Por una parte, nos muestra el precio de la libertad y, por la otra, la civilización técnica multiplica las presiones".

O, como decía Clot Roy: *Les enseignés se demandent si le destin d'une oie gavageé c'est une vie. Les ouvriers se demandent si le destin d'un homme-machine c'est une vie. Les citoyens se demandent si le destin d'un éternel mineur c'est une vie. On leur explique depuis des années qu'il n'y a pas moyen de faire autrement. Ils répondent que si* ("Le Monde", 23/5/68).

La revolución de mayo es el "fin de una etapa de la sociedad industrial", la etapa de la "organización dicotómica" (F. Edelman, "Le Monde", 21/6/68).

CRITICA

Las dos opiniones expuestas se hallan sólidamente fundadas. Pero, precisamente porque son y quieren ser fundadas, es decir, interpretativas de los hechos, pueden ser sólidamente corregidas y criticadas. Nosotros creemos que tanto la una como la otra dejan de lado, sin explicar, hechos que fueron esenciales en la revolución de mayo.

La interpretación clásica peca, a nuestro parecer, de "clasicismo" o si se quiere de falta de "revisionismo".

En la revolución de mayo ha habido unos hechos que, dentro de la interpretación clásica, no encuentran más que un puesto accidental y que, sin embargo, han sido claves en su desarrollo; sin ellos no habría tenido lugar.

En primer lugar, el hecho estudiantil. Por más que los estudiantes hayan gritado siempre y desde un comienzo que lo que ellos querían era inscribirse en la lucha del proletariado contra la burguesía, no podemos menos de retener que han sido ellos quienes lanzaron el movimiento y quienes han contribuido largamente a prolongarlo manteniéndose siempre en su vanguardia.

Una zona, aparte de la clase obrera, han mantenido su actuación a un nivel de puras reivindicaciones. Prueba de ello, la actuación de la C. G. T. y el resultado de las elecciones.

Los elementos revolucionarios dentro de la clase obrera, se han contado, sobre todo, entre los jóvenes y los cuadros directivos.

El rechazo, clara y netamente expresado por todos los grupos sociales, de todo dirigismo y de toda jerarquía y organización impuestas sin contar con los afectados por ellas.

Es posible que todos estos hechos sean aceptados por la interpretación clásica y ocupen un puesto en ella. Pero el puesto que ocupan no es esencial; a nuestro modo de ver debe serlo, dado que creemos que en la realidad así fue.

Contra la interpretación tecnocrática cuentan los hechos siguientes:

Toda la vanguardia del movimiento de mayo ha reclamado la revolución, y, precisamente, la revolución socialista. Es verdad que la ciencia de los fenómenos sociales es "búsqueda de lo oculto" y que lo manifiesto, lo exterior, no es muchas veces más que realidad caduca. Pero también es verdad que en esta ocasión lo manifiesto era, al mismo tiempo que un deseo y un proyecto, una interpretación de la realidad, y una interpreta-

ción sostenida por los elementos de la sociedad perfectamente capacitados (intelectuales, mandos, estudiantes, vanguardia obrera).

El movimiento no tomó consistencia firme hasta que los obreros ocuparon las fábricas. Momento desde el cual los grandes oponentes a la revolución no fueron, sobre todo, los altos jerarcas de lo organizado en tanto organizado (del sistema político) sino el patronado. Patronado y proletariado fueron los polos en torno a los cuales se concentraron las fuerzas de la nación.

UNA REVOLUCION POR DUPLICADO

Al lado, o contra estas interpretaciones de la revolución de mayo creemos existe otra que de alguna manera las reúne y que, sobre todo, explica más y mejor todos los hechos significativos. La revolución de mayo no ha sido una revolución clásica ni una revolución participativa.

La revolución de mayo ha sido una revolución clásica y participativa al mismo tiempo, una revolución socialista en una sociedad industrial desarrollada. Una revolución por duplicado.

Nuestra interpretación tiene, además, la ventaja de situarse en la línea del periódico más representativo de los muchos surgidos durante la revolución de mayo: "Action". Este periódico en su primer número publicaba un artículo anónimo, como todos, con este título: "¿Por qué luchamos?" En él se leía: "El solo crimen de los estudiantes es el de rechazar una Universidad cuyo único fin es el de formar los patronos del día de mañana y los instrumentos dóciles de la economía capitalista. Su único crimen es el de rechazar un sistema social autoritario y jerárquico que reprime toda oposición radical". Ahí se hallan contenidas las dos revoluciones: socialismo y participación; o, mejor, socialismo participativo.

Puesto que se trata de interpretar y explicar hechos, empecemos por subrayar el hecho más común y general de la revolución de mayo. La revolución de mayo ha sido vivida y experimentada con matices muy diferentes por los diversos grupos sociales de la sociedad francesa; ello ha dependido de su diversa situación dentro de dicha sociedad, de sus diversas posibilidades intelectivas, de sus diversas interpretaciones de los problemas planteados, etc. A pesar de esta diversidad, ha habido algo que ha sido descubierto, vivido de una manera más o menos directa e intensa por todos los franceses que en el movimiento han participado: la represión. No precisamente la represión violenta —que no ha afectado más que a unos pocos—, sino la represión instituida, instalada.

El movimiento dio sus primeros pasos en la historia bajo el signo de la represión brutal y física: unos cientos de estudiantes reunidos en el patio de La Sorbona, convocados por la U.N.E.F. para protestar contra el cierre de la Universidad de Nanterre y la comparecencia de seis de sus camaradas ante el Consejo de la Universidad, fueron detenidos por la policía en el interior del recinto universitario. Los estudiantes que se hallaban en los alrededores de La Sorbona protestan a gritos contra esta medida. La policía responde a golpes; reprime.

A partir de ese hecho el grito más repetido en los primeros días de las manifestaciones estudiantiles será: abajo la represión policíaca. La Sorbona se halla cerrada y rodeada por cordones de policías armados hasta los dientes.

Los manifestantes, cada día más numerosos, y entre los cuales se cuentan cada vez más participantes de medios no estudiantiles, evitarán toda provocación. Pero, irremisiblemente, casi todas las manifestaciones

se verán cortadas por la represión policíaca. La noche del 10 de mayo de represión será brutal: 367 heridos, 460 interpelaciones.

Como protesta contra tal represión, el día 13, convocada por las centrales sindicales obreras y por la U.N.E.F., tiene lugar en París una manifestación gigantesca de casi un millón de personas. Al final de ella las puertas de La Sorbona se abren y los manifestantes —toda clase de gente, sobre todo estudiantes y obreros— la ocupan. Es un día clave. Una idea que venía siendo ya expuesta y desarrollada en las múltiples octavillas lanzadas por los grupos —“grupúsculos”— más conscientes y preparados de la Universidad, pasa a dominio de todos: la represión policíaca no es más que la manifestación exterior de la auténtica represión que se halla instalada, aunque de una manera oculta y camuflada, en toda la sociedad.

La Sorbona se convierte así, de golpe, en una especie de templo donde se celebra la fiesta de la libertad; el templo de la libertad ignorada. En sus anfiteatros, abarrotados de gente, se discuten toda clase de temas. Todo el mundo, absolutamente todo el mundo, tiene derecho a la palabra. “Está estrictamente prohibido prohibir”, se lee a la entrada de La Sorbona. Nadie es más que nadie. Profesores y estudiantes ocupan las mismas mesas. Los obreros disponen de micro lo mismo que el intelectual más refinado. Los tabús caen; nada que no sea repensado debe ser admitido. Quiere crearse un mundo nuevo. “La imaginación toma el poder”. Las barreras desaparecen; todos se tutean.

El día 15 la rebelión contra la represión —represión ahora patronal— pasa a las empresas. Los obreros de la SUB-AVIATION de Nantes se declaran en huelga y ocupan la empresa. Son los primeros. Una semana más tarde Francia se halla paralizada. La huelga está generalizada. Casi diez millones de huelguistas. La reivindicación más típica de esta huelga general será la de un “poder sindical” en el interior de las empresas, efectivo y eficaz. El día 28 de mayo “Le Monde” publicaba unas declaraciones de los huelguistas de la C.S.F. de Brest: “esta semana de paro la hemos empleado en poner en cuestión todo lo que existía antes. (...) La ruptura es completa con la organización, la jerarquía tradicionales. (...) La gente no quiere ya conformarse con ser simple ejecutante”.

Mientras tanto, la represión es descubierta, sentida y reprobada por muchos otros grupos sociales. Un buen número de los liceos parisinos se ven ocupados por sus alumnos que “contestan”. Los médicos no quieren seguir aceptando las estructuras sanitarias existentes. Los jóvenes manifestarán su rebelión contra una sociedad vieja, anquilosada, estrecha, sin espontaneidad. “Profesores, nos hacéis envejecer”. “Algunos jóvenes han decidido que...”. La bandera negra —que ya se consideraba perdida en el fondo de las arcas de la historia— sale y flota en muchos edificios como símbolo más de libertad y de liberación que de anarquía.

El mismo De Gaulle reconocerá indirectamente la existencia de la represión instituida al hacer una llamada y proponer un programa de participación general.

UNA REALIDAD: LA REPRESION INSTITUIDA

La revolución de mayo no se conformará con gritar en contra de la represión instituida irá hasta analizarla, mostrarla, desenmascararla, porque el sentimiento de represión no es fruto de la imaginación de los revolucionarios. La represión instituida existe, es una realidad.

Una realidad en el sistema de enseñanza. Desde la escuela primaria hasta la Universidad, la formación es concebida como una transmisión

de verdades indiscutibles por parte de profesores "infalibles". El papel de los "formandos" consiste en recibir y aprender lo que se les ofrece sin discusión ni crítica posible. De un lado se hallan los que todo lo saben; de otro, los que todo ignoran. En la personalidad "cultural" que se desarrolla en los "formandos" todos los elementos vienen de fuera. El profesor, verdadero mandarín (el tema del mandarinato ha sido ampliamente desarrollado en los muros de las facultades parisinas) habla, el alumno escucha y después, repite, "escupe" lo mecánicamente aprendido. La actuación del alumno es una actuación "pasiva". La cultura es un ser extraño que se le impone —sin que él se dé cuenta— aceptar porque, se dice, que la verdad es una. La personalidad cultural podía ser el resultado del encuentro entre el saber de una persona que muestra unas verdades y las posibilidades creadoras de los individuos que se acercan a ella; pero todo parecido con esto es pura coincidencia.

Si en la Universidad algunos "formandos" llegan a descubrir que, sin discusión ni participación alguna de su lado, se les ha aplicado encima todo un mundo de ideas, de normas y de prácticas es porque saben salirse del programa establecido. Estos autodidactas, verdaderos creadores de sí mismos, se hacen, como es natural, hombres críticos del modo de enseñanza, de lo enseñado y de la circunstancia socio-política que hace que las cosas sean como son y no pueden ser de otra manera.

Sin embargo, estos "genios" serán muy pocos. La mayoría aceptará que su personalidad cultural le sea impuesta, aprenderán los textos de sus maestros, pasarán los exámenes ... ¡qué cosa más natural! — lo mejor que puedan y, luego, ocuparán los mejores puestos de la sociedad. Serán hombres "reprimidos", perfectos repetidores, robots; y, en honor a su eficacia —¿qué más eficaz que un robot?— la sociedad les compensará con el mejor bienestar económico. Sólo una revolución como la de mayo podría sacudirles y despertarles de su sueño.

La represión instituida es también una realidad en el sector político. Todas las políticas de todos los Gobiernos del mundo, y en particular las de los países llamados desarrollados, como Francia, Alemania, Gran Bretaña..., se proclaman como políticas para el pueblo, del pueblo y con el pueblo. De hecho toda la actividad política de los ciudadanos —¡mayores de veintiún años!— consiste en votar cada cuatro o cinco años (1), el resto del tiempo el monopolio de la política se haya concentrado en manos de los elegidos; y aun ello de una manera muy relativa y poco extensa. A fin de bien mantener este monopolio, entre los ciudadanos se han extendido dos modos de concebir la actividad política que los mantiene "espontáneamente" alejados de ella: para el uno la política es algo lejano y peligroso ("no te metas en políticas"); para el otro, la política es un asunto de entendidos"; pretender tomar parte en ella es olvidar "lo difícil que debe de ser ser Ministro". De este modo, la actividad política por más que acepte a todos los ciudadanos, sólo es llevada por unos pocos. El resto, la

(1) Esta esporádica actuación política podría tener alguna significación si los votantes dispusieran de cierta formación política. Pero esta formación no existe, precisamente a causa de las pocas y bien lejanas ocasiones en que el ciudadano puede sentir necesidad de ella. La última prueba de lo que decimos la hallamos en las elecciones postrevolucionarias. Nunca los gaullistas, ni partido alguno, habían sido elegidos tan masivamente, al mismo tiempo, nunca; ni ellos ni otros partidos políticos se habían presentado a la batalla electoral con más reducido programa político; tan reducido que no tenían ninguno. El de las campañas anteriores se lo habían desmentido los acontecimientos de mayo. A no ser que el *slogan* publicitario: "o De Gaulle o el comunismo totalitario" pudiera ser considerado como un programa".

inmensa mayoría, soporta la vida política sin participar verdaderamente en ella.

En Francia la separación efectiva entre gobernantes y gobernados se halla más visible que en naciones semejantes a causa de la persona que se halla al frente de ella desde hace diez años y de su concepción autoritaria del mando.

La represión instituida se halla presente—más que en ninguna parte—en el mundo del trabajo. Los trabajadores realizan trabajos en cuya determinación no han tenido la más mínima intervención. Ocupan en las empresas los puestos que otros le señalan. Su papel no se diferencia mucho del de las máquinas; mueven alguna palanca, hacen girar algún volante, trasladan alguna carga, sin conocer la importancia que ello puede tener dentro de la labor del conjunto, y, sobre todo, sin haberles pedido su opinión. A veces, en las empresas “mejor racionalizadas”, llegan a ser informados acerca de su participación en el trabajo total, pero será porque, el nivel económico en que se encuentran, será conveniente informarles para darles una impresión de que se tienen consideraciones con ellos; lo que nunca se les permitirá será tomar parte en las decisiones importantes, es decir, en aquellas decisiones que tienen como objeto cuestiones relacionadas con la producción y el beneficio consiguiente a obtener. Más o menos “adaptado”, el trabajador gasta su vida en una empresa que le es ajena. No trabaja para él, sino para otros. Por más que sea “bien pagado” no podrá dejar de ver en su trabajo algo convertido en mercancía y comercializado.

La represión se extiende a casi todo gran grupo organizado. En ellos “los grandes patrones”, por efecto de la burocracia, se convierten enseñada en “grandes mandarines”. Ejemplos de ello, la C.G.T., los grandes partidos franceses, la organización de los hospitales...; en todas estas organizaciones la participación de la base en su vida se reduce, en general, a un esporádico asentir a lo que “se decide en las altas esferas.

La represión se introduce en la vida de todos los días por medio de tabús y obligaciones que, a pesar de no tener justificación racional alguna, rigen como normas. En honor a ciertos principios injustificados e injustificables, que quieren salvaguardar el “orden”, la “paz”, las “buenas relaciones”..., se ha matado en el hombre toda espontaneidad y su capacidad creadora. Los hombres nos parecemos todos como si hubiésemos sido hechos por la misma máquina. Nos levantamos a las mismas horas, comemos las mismas comidas, leemos —cuando leemos— los mismos libros, vemos las mismas películas, vestimos los mismo trajes, visitamos los mismos parques, hablamos de los mismos temas una y mil veces, veraneamos —los que veranean— en las mismas playas... La espontaneidad, la originalidad, la genialidad, lo extraño, lo imaginativo, las aventuras, brillan por su ausencia. Todo discurre según unos cauces previstos. La revolución de mayo se ha levantado como un rechazo de la vida burguesa, considerada como mezquina, mediocre, reprimida, opresiva, adulterada. (El Morín, “Le Monde”, 17-5-68.)

Los hombres de las sociedades desarrolladas sólo se permiten una pasión: la de consumir. Coches, televisores, casas en el campo, vacaciones en la Costa Brava, vestidos de moda, discos, películas..., he ahí el gran objetivo permitido. Consumir apasionadamente y sin descanso. Consumir obligatoriamente.

En el trabajo, en la política, en el estudio, en las relaciones sociales, en lo más íntimo de nuestra vida se halla presente la represión. Los hombres viven una vida que les es ajena (alienada), extraña, impuesta, hete-

rónoma. La libertad, la autonomía, la pasión de crear, la imaginación, se hallan controladas, adormecidas, esclavizadas, domesticadas...

Frente a este mundo oscuro se ha levantado la revolución de mayo. Ella ha recordado a los hombres su libertad y los ha lanzado a la calle. Y los hombres han reconocido su poder y grandeza ocultos.

LAS RAICES DE LA REPRESION

Hasta ahora no hemos hecho más que describir. Describir de una manera que hemos creído ordenada, pero al fin y al cabo sólo describir. Lo importante ahora es explicar. Explicar cómo y por qué todas estas fuerzas humanas que se han liberado durante el mes de mayo en Francia se hallan normalmente recluidas. Si existe una represión instituida contra toda espontaneidad y creatividad humanas, debe existir una explicación a esta situación. Los hechos de represión que hemos descrito encontrarán una unidad de significado sólo en un origen común. ¿Por qué el hombre ve su libertad reprimida en el trabajo, en la escuela, en la política y en la vida de cada día?

En el consumo.

Empecemos por tratar de la represión en uno de sus capítulos más inusuales y comunes: la represión en el consumo.

El hombre en las sociedades occidentales desarrolladas se está reduciendo cada vez más a un animal consumidor. Precisemos. No se trata de que el consumidor no esté bien, ni de que el hombre pueda vivir sin consumir. Si para recorrer una distancia puede hacerse más cómodamente en coche, ¿por qué no hacerlo? Si es agradable seguir la marcha del mundo ante una pequeña pantalla, ¿por qué no comprar un televisor? Si la Costa Brava es bella y en ella brilla el sol que raramente nos sonríe, ¿por qué no ir allí una temporada? Si el cine nos entretiene, ¿por qué no ver películas?... Vivir viajando en coche, poseyendo un televisor, yendo a pasar las vacaciones a la Costa Brava, no tiene en sí nada de criticable ni de anormal. Al fin y al cabo, si ya no existe problema de subsistencia, nada más normal que dedicar nuestros medios a saciar otras necesidades. La cuestión, la anormalidad que hay que explicar no es que los hombres vivan y consuman —o, mejor, consuman para vivir—, sino que los hombres vivan para consumir.

Los hombres no controlan sus necesidades. No son ellos los que establecen su intensidad ni su jerarquía. Se ven cogidos por un torbellino que no comprenden y que les lleva a consumir irremediabilmente. *Hay que* poseer un televisor. Quizás haya que quedarse en casa sin salir durante mucho tiempo; no importa, pero *hay que* comprar un televisor. En el verano *hay que* ir de vacaciones fuera de la ciudad. El ir supone todo un año de grandes sacrificios y privaciones; no importa, se hace. Porque *hay que* ir de vacaciones. Para comprar un coche tendré que trabajar nueve o diez horas diarias durante una buena temporada. Viviré agotado. No importa; al final compraré el coche que *hay que* comprar. Es toda una pasión cuyo control se les escapa a los hombres de las manos.

La pasión consumitiva, aparte de la creación incontrolada de necesidades y del establecimiento heterónimo de su jerarquía, tiene aún otra consecuencia inmediata y paralela: la dormición de las demás pasiones. Si el hombre vive y trabaja obsesionado por el coche que posee o va a poseer, es normal que su interés por otros valores de la existencia huma-

na, como son el valor de lo político, de lo social, de lo cultural, de lo artístico, disminuya o desaparezca.

El fenómeno de la pasión consumitiva así explicado puede darnos razón de algunos de los hechos de la revolución de mayo.

Una rebelión total contra la sociedad de consumo sólo puede nacer de quienes menos sientan en su carne la represión dormitiva de la mercancía. Entre estos se encuentran en primera línea la juventud y la inteligencia. La inteligencia, porque su tipo de actividad le permite llegar a descubrir el origen de esta pasión y les obliga a ocuparse de menesteres en los que no "se consume". La juventud, primero, porque no ha tenido aún tiempo como para verse adormecida con las drogas de nuestra civilización y, segundo, porque, habiendo vivido de cerca lo ya conquistado por sus padres, ha visto que la lavadora BRU no hace feliz a nadie por más que digan los anuncios publicitarios.

Si al hecho de ser joven añadimos el de ser intelectual, nos encontramos con el estudiante. Estudiantes, intelectuales y juventud obrera han constituido la vanguardia revolucionaria.

En el espejismo del consumo se halla también, en parte, la explicación de la actitud de la C.G.T. Ha creído imposible la revolución porque ha considerado al proletariado perfectamente integrado en el mecanismo consumitivo. Por lo demás, ha contribuido a ella haciendo juego al sistema con el tipo que ha hecho de reivindicaciones.

¿Qué explicación encontrar a esta situación? ¿Dónde encontrar el origen de esta pasión consumitiva con consecuencias tan fatales? En el ambiente. Pero ¿quién es responsable de este ambiente? ¿Quiénes se ven beneficiados por él? Si no hubiera nadie interesado en mantener esa situación de represión consumitiva, la represión desaparecería o, al menos, se relajaría; y los consumidores terminarían por poder decidir ellos mismos por su cuenta los objetos de los que tienen verdadera necesidad. Sin embargo, no es así.

El consumo desencadenado, violento y obligatorio, en tanto que desencadenado, violento y obligatorio no beneficia más que a quienes producen la mercancía vendida. La anormalidad consumitiva habla su explicación en el sistema productivo.

La "marchandise on la brulera!", decían los revolucionarios de mayo. Y bien sabían ellos por qué lo decían. La mercancía les oprimía, la mercancía reprimía su libertad. Ellos no querían que nadie más que ellos mismos decidiera acerca de sus necesidades y de la jerarquía que entre ellos fuere necesario establecer.

Sociedad de consumo puede serlo toda sociedad en la que la decisión de los objetivos de consumo no venga de los consumidores, sino de los productores. Porque esta ruptura existe en los países del Este, la existencia de ese tipo de sociedad es perfectamente concebible y posible en ellos; de hecho, comienzan a verse rasgos en tales países de esta realidad.

Más si en los países llamados socialistas, la sociedad de consumo es posible —es decir, puede llegar a serlo o no— en los países neo-capitalistas tal posibilidad se convierte *siempre y necesariamente*, dado el mecanismo del sistema productivo, en una realidad. En los países en los que la producción es determinada por sus dirigentes políticos, estos pueden decidir crear una estructura social cuyos valores se hallen lejos de los de la sociedad de consumo; ejemplo de ello lo tenemos en Cuba. En los países neo-capitalistas, dado que el único principio que rige de una manera definitiva la producción es el beneficio pecuniario, una vez que las necesidades primigenias, de subsistencia, han sido más o menos dejadas atrás,

C. PRIETO

nada ni nadie puede evitar el establecimiento de la sociedad de consumo... Nada..., menos una revolución que despoje a los productores —capitalistas— de su poder.

En el trabajo.

Si el sistema productivo nos ha dado razón de la represión consumitiva, también él nos da la clave para la explicación de casi todos los demás tipos de represión. Y, en primer lugar, el de la represión laboral.

Capitalismo o neo-capitalismo, la realidad en el fondo es la misma: la producción se halla dirigida, determinada y poseída por un pequeño grupo social y a él aprovecha. Todos los demás toman parte pasivamente, la soportan, no cuentan más que como elementos mecánicos necesarios dentro del sistema total productivo. El grupo pequeño es autónomo en la actividad productiva, la gran masa de trabajadores —entre estos trabajadores se hallan la mayor parte de los cuadros— son heterónomos. Los primeros actúan (viven) para sí mismos. Los segundos viven para otros (los primeros), su trabajo es alienado. En términos clásicos unos son explotadores, otros explotados.

Un día, siguiendo el ejemplo de contestación total nacido en la Universidad, los trabajadores, en su base y al margen de los sindicatos, recubren la represión, se levantan en huelga y ocupan las empresas. Quienes lanzan el movimiento y constituyen su vanguardia son los jóvenes obreros y los cuadros. En la lista general de reivindicaciones, al lado de las clásicas (salariales), hay otras que hablan de poder sindical, de participación, de congestión. Y en la "lista" de la minoría de vanguardia sólo hay una reivindicación: la supresión del patronado para el establecimiento de un sistema productivo democrático y participativo.

Después de lo dicho, estos aspectos que han tipificado la revolución de mayo en el sector productivo se explican sin mucha dificultad.

El que los jóvenes obreros y los cuadros hayan sido quienes se hayan lanzado los primeros a la huelga y hayan constituido la vanguardia tiene su razón de ser:

- ellos mejor que nadie pueden, un poco al margen de la pasión consumitiva, ya porque no han sido aún plenamente afectados por ella, ya porque ha sido, hasta cierto punto, superada, dada la facilidad consumitiva que les ofrecen sus sueldos, sentir la represión explotadora de una superorganización que controla, jerarquiza y no permite participar.
- ellos mejor que nadie pueden situarse en su actuación fuera del economicismo reivindicativo clásico de las centrales sindicales.
- ellos mejor que nadie pueden responder a la invitación revolucionaria del grupo estudiantil, ya por jóvenes, ya por intelectuales.
- ellos se hallan más libres que nadie para emprender una acción con pérdidas económicas inmediatas; unos porque no tienen aún responsabilidades familiares, otros porque poseen dinero suficiente como para tirar una buena temporada.
- los jóvenes mejor que nadie podían sentirse solidarios del movimiento que se levantaba en contestación a una sociedad vieja, adulta, esclerosada, llena de clichés.

También, después de lo dicho, se entiende perfectamente el que la

vanguardia más combativa haya deseado el cambio total. El poder patronal podrá ceder en todas las peticiones menos en lo que toque a lo que es su campo de acción exclusivo: el poder decisorio global. Si lo hiciera pondría en riesgo lo que constituye su meta en tanto que empresario: el beneficio económico, y, en consecuencia, se negaría a sí mismo en tanto que patrono. Sin embargo, uno puede preguntarse hasta qué punto puede llamarse verdadera participación en la vida productiva, una participación que no toque ese poder. Toda otra participación está en último término condicionada por ésta.

Se dirá que en los países del Este ha sido suprimido el patronado capitalista y que no por ello la vida productiva de los trabajadores ha dejado de ser heterónoma. Los revolucionarios de mayo no lo ignoraban y por eso rechazaban tanto el neo-capitalismo economista y burocrático por esencia como el productivismo, burocrático y economicista de hecho de los países del Este. Su revolución quería una sociedad en la que la economía existiera en función de los hombres y no lo contrario, una economía en la que todos los trabajadores participaran en la vida productiva sin jerarquías aplastantes y represivas. Los países socialistas habían enseñado claramente que la supresión de la propiedad privada no es ninguna varita mágica que abra, sin más, a un mundo libre y auténticamente humano. Existe el peligro de la burocracia, de la super-organización jerárquica que lleva como consecuencia a una nueva opresión. El primer paso es, sin duda alguna, necesario, pero no suficiente. Para que realmente los trabajadores dejen de ser meros ejecutantes es necesario ir mucho más allá, hasta la autogestión.

En la Universidad

La represión instituida ha comenzado a ser sentida y rechazada en primer lugar en la Universidad.

Hace todavía diez años el ideal-tipo del estudiante era el de un personaje simpático y folklórico que sabía juntar a sus horas de estudio —no muchas— las de música y diversión. La sociedad —o, mejor, subsociedad— los limaba. No planteaba más problemas que los monetarios.

Hoy, cuando se pronuncia la palabra "los estudiantes", las imágenes que asociamos son bien diferentes. Porque resulta que los estudiantes hoy protestan y gritan y se manifiestan y se meten en política. Ser estudiante ya no tiene nada de folklórico; ni para ellos ni para los demás. Y los primeros que lo aseguran —después de los padres de los mismos estudiantes— son los Gobiernos de casi todas las naciones del mundo. Roma, Berlín, Tokio, Argel, Río Janeiro, Buenos Aires, Brasil, Berkeley, Méjico, París... El grupo social "estudiantes", pesa, plantea problemas, pone en cuestión, contesta, tiene fuerza, y, para bien o para mal, es ya imposible no tenerlo en cuenta. Lo del "student power", está siendo ya un hecho.

El "student power", contestador, es un fenómeno nuevo de nuestras sociedades; especialmente de las sociedades desarrolladas. Un fenómeno nuevo que parece instalarse en la normalidad, un fenómeno que se hace universal y común (1).

El fenómeno universitario es hoy un fenómeno muy complejo. La re-

(1) "Si le régime gaulliste a failli chancier, si M. Dubcek a remplacé M. Novotny, si M. Harriman est actuellement entrain de négotier à Paris, si le gouvernement allemand parle de lutter contre l'abusive concentration de la presse, c'est parce que le pouvoir étudiant a reconstruit sa réalité et sa force." (A. FONTAINE, *Le Monde*, 136-68.)

presión afecta de una manera inmediata a la Universidad. Ya hemos dicho algo acerca de esto. El tipo de enseñanza es dogmático e impositivo. Los organismos que la dispensan son autoritarios y burocráticos. La represión, claro está, no afecta a los estudiantes de un modo explícito, sino de una manera oculta y envuelta en ropajes, incluso de abertura y diálogo. Hemos llegado a encontrar normal y natural que el monopolio del saber lo tengan quienes enseñen, que los profesores vengan a soltar sus "rollos" —a veces maravillosos— delante de un aula de 200, 500 y hasta más de 1.000 personas, que los estudiantes escuchen, aprendan y repitan año tras año, que en las escuelas técnicas sea excluida toda formación humanística, que los planes de estudios sean preparados por completo por ellos, que sean ellos quienes determinen la estructura de la Universidad y cuál debe ser el nivel de conocimientos requerido y ellos quienes decidan que los estudiantes son o no capaces de responsabilidades serias, que los formandos —desde la enseñanza primaria hasta la superior— salgan uniformados espiritualmente, sin que la individualidad de cada persona sea discernible más que por su físico, que el desarrollo de los diversos sectores de la Universidad, "coincida" con el de los sectores de la producción correspondiente...

El elevado desarrollo tecnológico de los países avanzados requiere un número cada vez más importante de técnicos altamente preparados y, puesto que aquel mismo desarrollo permite la inversión de una parte de sus recursos en prepararlos, ahí tenemos explicada la cifra impresionante del número de estudiantes. El aumento cuantitativo llega en un momento en que establece un cauce cualitativo.

Los estudiantes, por ser más, se descubren al mismo tiempo menos mimados y más fuertes.

Al mismo tiempo que el número de especialistas y mandos aumenta formidablemente en las sociedades desarrolladas, comienza a plantearse por primera vez en la historia un problema nuevo: el del riesgo del paro de los cuadros. Ello ha empujado a los mimados de antes del sistema a una reflexión acerca del mismo. Reflexión que a algunos de ellos y a otros pre-cuadros (estudiantes) han llevado al descubrimiento de la represión instituida, de la explotación innata del sistema dentro del cual ellos se sienten.

El economicismo neo—capitalista super-organizado necesita cada vez más especialistas pero los necesita sumisos, adaptados, "normales". Así él podrá luego emplearlos donde y como quiera, sea en realizar las grandes tareas ejecutivas o en organizar las máquinas y los hombres para obtener el mayor rendimiento (con el consiguiente provecho de los super-propietarios). A lograr la solución y la adaptación adecuada contribuye sin duda alguna el tipo de enseñanza del que ya hemos hablado. Un hombre cuya formación consiste en un recibir indiscutiblemente, sin que a ello contribuya más que en un esfuerzo aceptativo, será probablemente un hombre que no planteará muchos problemas.

Sin embargo, esta sumisión no puede prolongarse. Una situación en la que se quiere compaginar un número elevado (y cada vez más) de estudiantes, el hecho del riesgo de un futuro paro y una total sumisión a este sistema es contradictoria. Tarde o temprano explota.

Si a estas circunstancias sociales añadimos el hecho de que los estudiantes son jóvenes con ganas de ser y hacer algo en serio, más libres de la pasión consumitiva y menos instalados en el "confort" establecido de otros grupos sociales, comprenderemos que contesten una Universidad que "les hace envejecer" y que no haga otra cosa más que prepararles a instalarse

en una sociedad que ellos rechazan; una Universidad "cuyo sólo fin es formar los patronos del día de mañana y los instrumentos dóciles de la economía capitalista" y "un sistema social autoritario y jerárquico que rechaza toda oposición radical". ("Action", primer número, periódico de los Comités de Acción.) Y comprenderemos, incluso, que hayan sido ellos los primeros en lanzarse a la calle. "La explosión social no se produce en el lugar en el que las cadenas son más pesadas, sino en el lugar donde son más fáciles de romper" ("Evenement", junio 1968).

SOLIDARIDAD

La comunidad en la represión, la marxización del pensamiento de la vanguardia universitaria, y también quizá, como lo señala E. Morin, el hecho de que la vanguardia obrera en la revolución de mayo haya sido constituida en gran parte por jóvenes, puede explicarnos la solidaridad en la lucha, el "los estudiantes solidarios de los trabajadores" y el "los trabajadores solidarios de los estudiantes". Tanto unos como otros se hallan interesados en la supresión del neo-capitalismo economicista, en tanto que el capitalismo, en tanto que *neo*-capitalismo superorganizado, jerárquico, se hallan al margen y en contra de los super-organizados y jerarquizados, como punto de partida para la creación de una sociedad en que "el libre desarrollo de cada persona será la condición para el libre desarrollo de todos".

Represión consumptiva, represión laboral, represión educacional. Los consumidores consumen lo que otros desean, los trabajadores trabajan como otros lo disponen, los formados lo son como otros lo establecen. Estos "otros" en último término son siempre los mismos: la clase productora en búsqueda del mayor provecho. Decimos "en último término" porque su explotación es llevada a cabo frecuentemente a través de mediaciones que la camuflan y ocultan para quienes no hacen el esfuerzo de mirar y ver y porque, además, la sociedad es un fenómeno total social, en el cual, aunque exista un elemento especialmente condicionante, cada parte tiene una existencia hasta cierto punto autónoma con sus propios tiempos y ritmos. Y todas y cada una de las partes influyen en todas y cada una de las demás.

Para tocar todos los aspectos vividos en la gran fiesta de la liberación de la revolución de mayo habría que hablar aún de la represión burocrática, de la represión ideológica y de la represión política. No porque nosotros les dediquemos menos espacio, son menos importantes. La primera es propia de todo gran organismo que pone la eficacia administrativa por encima de todo otro valor humano. La segunda, propia de todo grupo humano que por mantener la incondicionalidad en acción (determinada por sus dirigentes) pone el principio de la unicidad de la verdad por encima del desarrollo y su descubrimiento por parte de sus miembros. Estas dos represiones oprimen al hombre en su individualidad; lo uniformizan, lo "unidimensionalizan". La condena de los países del Este —especialmente de la Unión Soviética— y de las organizaciones tanto sindicales como políticas (especialmente del P. C. F.) fue hecha desde este ángulo de vista.

EL PODER POLITICO Y LA PARTICIPACION

Presente en todas partes, manteniendo y lanzando hacia delante el "orden establecido" (orden represivo): el poder político.

C. PRIETO

El poder está en la calle. Ese fue el grito de la revolución de mayo contra la represión política. El poder está en la calle, el poder está en el pueblo.

Es curioso escuchar estas palabras casi dos siglos después de la Revolución francesa, una revolución que había creído establecer de una vez para siempre el gobierno del pueblo para el pueblo a través de lo que ella llamaba la democracia. Sin embargo, es un hecho. La vida política es hoy el monopolio de un pequeño grupo.

La división del trabajo político en dirigentes y ejecutantes es justificada en función de la eficacia. Los problemas políticos son hoy tan complicados, se dice, y difíciles en las sociedades desarrolladas que imposibilitan toda participación de la masa de ciudadanos. Sólo pueden participar los que "entienden". Estos "entendidos" con el poder en la mano son los llamados en términos sociológicos habituales los tecnócratas.

La supresión de la represión política pasa por la participación. Para que la participación sea real y no meramente nominal es preciso informar y formar y democratizar todos los campos en que interviene el poder político. Naturalmente, ello llevaría a una contestación permanente que pondría en peligro el monolitismo orgánico del sistema actual. Una auténtica participación en la vida política sólo puede ser admitida por un sistema en el que se dé más importancia al desarrollo de cada hombre que al progreso económico.

La revolución de mayo sólo duró unos días: los que transcurrieron entre los dos discursos de De Gaulle. Ello le bastó para levantar la bella tapadera que posaba encima de una sociedad "desarrollada" y mostró toda la podredumbre, frialdad y explotación que oculta. Su modernidad le llevó a condenar no sólo lo que de capitalista hay en esa sociedad, sino también todo lo que en ella oprime a través de una jerarquización y una burocracia aplastantes. Durante unos días el hombre fue más importante que la economía ("la economía está herida, que revienta", se atrevió a escribir alguien en una de las paredes de la Facultad de Letras) y sus organizaciones defensivas.